

EL VERDADERO CAMBIO

CLAUSURA DE LA XXIII REUNIÓN DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATÓLICA.

POR

ABELARDO DE ARMAS

Mis queridos amigos de la Ciudad Católica: Al iniciar este vigésimotercer encuentro, la apertura le correspondió a uno de nuestros amigos, don José de Armas. Comenzó diciendo que juzgaba una temeridad la invitación que a este fin le hizo don Juan Vallet de Goytisolo. Yo pienso que si la invitación hecha a don José de Armas ha sido una temeridad grande por parte de don Juan, la hecha a Abelardo de Armas para clausurar este encuentro es mayor, pero la temeridad mía de hablar aquí es inmensa, porque pienso que la voz menos autorizada para dirigirse a un público tan selecto como el que en estos momentos está aquí abarrotando el local es, sin duda de ninguna clase, la mía. Con temeridad me lanzo a hablarles, porque el fundador de la Institución a la que pertenezco, el Padre jesuita Tomás Morales, a quien le debo mi conversión y el trabajo sobre mi alma día a día durante casi treinta y cuatro años, me dio la siguiente lección:

En determinada ocasión le dije: «Padre, un Obispo me ha dicho que piensa que la manera de revitalizar el clero de su Diócesis es haciendo Ejercicios Espirituales. Tiene preparadas para el verano dos tandas y quiere que se las dé yo, un seglar».

«¿Y a ti que te parece», me respondió?

«¡Padre!, ¿cómo voy a dar yo una tanda de ejercicios a sacerdotes?».

«¡Ah! pero, ¿es que crees que eres tú quien va a darla?».

Me dejó ya tan indefenso que desde entonces, cuando me

invitan a hablar y francamente la salud y las obligaciones me lo permiten, acepto en la humildad de que yo no soy quien va a hablar y que ciertamente hay otro que vive en mí y a El le presto mis labios, mi corazón, todo mi ser para que hable.

Con esta fortaleza y con la paciencia y la caridad del auditorio que tengo delante, me animo una vez más a dirigirles la palabra.

A mí me ha correspondido cerrar esta vigésima reunión de amigos de la Ciudad Católica, con una conferencia cuyo título es «El verdadero cambio». Para las personas que estamos aquí, ¿cuál es el verdadero cambio?

Creo que si tuviéramos que sintetizar lo más brevemente posible todo lo que se ha dicho en las distintas ponencias y foros de este encuentro, lo conseguiríamos, con esta frase de la emotiva y preciosa conferencia que pronunció esta mañana don Francisco J. Fernández de la Cigüña: «Se quiere cambiar a España separándola de Cristo». El cambio en el derecho, cambio en la familia, cambio en los medios de comunicación social, cambio en la empresa, cambio en las diversiones, cambio en la juventud, cambio en la enseñanza... todos los cambios han tenido una nota común: el abandono de lo trascendente, la separación de Cristo. Se quiere cambiar España separándonos, por tanto, a cada uno de nosotros de Cristo, porque España soy yo (no en el término absolutista de Luis XIV), la única parcela de España que puedo renovar soy yo, es mi propio corazón. Por tanto, el cambio de que vamos a hablar aquí es del mío, personal, del único que ante Dios tengo que responder, y, consecuentemente, todo lo que a mi alrededor me concierne con respecto a mi transformación personal.

¿Cuál es ese cambio? Si lo que se pretende es separar a España de Cristo, cambiar a España separándola de Cristo, lo único que yo puedo hacer es *unirme cada vez más a Cristo*, identificarme cada vez más con Cristo, transformarme más en Cristo, porque nos acaba de decir Juan Pablo II: «personas transformadas colaboran eficazmente a la transformación de la sociedad» (*vid. cita*). Esta es la única transformación que tene-

mos que iniciar al finalizar este encuentro: transformarnos en Cristo. ¿Cómo puedo yo transformarme en Cristo? También nos decía Juan Pablo II: «Se nos ha dado una pedagoga: la Virgen María» (*id.*). Ella es quien tiene que cristificarme. Ella es quien puede hacer lo que yo soy incapaz de realizar.

Pero yo pregunto a todos y cada uno de los que estamos aquí (porque somos responsables ante Dios, ante la historia, ante la patria, ante nuestras conciencias, de esta transformación imperiosa y urgente en estos momentos): Realmente, ¿estoy dispuesto a cambiar? ¿Tengo mi corazón abierto al cambio, a este cambio de transformarme en Jesús? ¿Reconozco ciertamente con San Juan de la Cruz que esta vida, si no es para imitarle a El, no es buena? ¿Acepto que según el principio y fundamento de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, el hombre es creado para alabar, hacer reverencia, y servir a Dios nuestro Señor? Por tanto, si yo quiero imitar a Jesús, ¿entiendo que todas las otras cosas (la estructura social en la que me desenvuelvo, la familia a la que pertenezco, el seno de la empresa o el centro de trabajo o de estudio, donde estoy, la diversión, la sociedad entera) son para mí como criaturas en tanto en cuanto me ayudan a la consecución de mi transformación en Cristo? ¿Vivo yo así? ¿Vivimos así? ¿Es Jesús el todo de nuestra vida? A ver si a fuerza de tanto estudiar la estructura a nuestro alrededor, el secularismo que nos envuelve, etc., sin darnos cuenta ese laicismo se está metiendo en nuestras vidas. ¿No sucederá que nosotros tenemos, por nuestra parte, mentalidad cristiana, y al mismo tiempo vivimos una vida pagana? ¿Dónde está la raíz de la situación que contemplamos a nuestro alrededor? ¿No está en mi propio corazón? Juan Pablo II nos ha dicho «no caigáis en el error de pensar que se puede cambiar la sociedad cambiando sólo las estructuras externas o buscando en primer lugar la satisfacción de las necesidades materiales, hay que empezar por cambiarse a sí mismo, convirtiendo en verdad nuestros corazones al Dios vivo, renovándose moralmente, destruyendo las raíces del pecado y del egoísmo en nuestros corazones». Es una reforma personal la que se necesita. Las estructu-

ras no son moralmente distintas de las personas que las integran. Si no cambio yo, no cambiará la estructura. Y aquí comienzan las dificultades.

Lo lógico es que a las ideas sigan los actos, pero lo psicológico es que los actos influyen en las ideas, y que cuando una persona no actúa como piensa, acaba pensando como actúa. Los que estamos aquí (me dirijo a un público que, por lo que he observado en distintas ocasiones, tiene verdaderos deseos de ser de Dios, de trabajar por El), pienso que queremos ser santos, pero, ¿dónde se ha detenido nuestra marcha hacia la santidad? ¿Qué es lo que entorpece nuestro camino hacia Cristo? ¿No radicará en que, por una parte, tenemos unas ideas evangélicas, cristianas, y, por otra, sin embargo, no vivimos conforme a esas ideas y entonces (como cuando el hombre no actúa como piensa, termina pensando como actúa) nos paralizamos?

Yo me dedico a la educación de la juventud. Y observo muchas veces este fenómeno: Un muchacho tiene la idea clara de las ventajas de la castidad, pero no la vive, acabará por pensar como actúa, y creyendo que la castidad es imposible. Otro ve que tiene que estudiar, pero no es capaz de clavar los codos. Terminará justificándose ante el problema pavoroso del paro, los condicionamientos sociales, etc... Y hoy a los católicos nos puede ocurrir lo mismo: pensamos en cristiano, pero actuamos en pagano. Muy influidos por el ambiente que nos rodea (quizá vemos demasiada televisión o leemos mucho el periódico), por los medios de comunicación social, corremos el peligro de vivir paganizados y paralizarnos en nuestra acción cristiana.

¿Qué hacer? Yo les voy a exponer a ustedes mi experiencia.

Llevo treinta y tres años dedicados absolutamente a Dios en el campo de la juventud, la estructura más necesitada en la sociedad actual a escala de toda la tierra. La Misión de París hace veinticinco años dijo que la clase más necesitada en el mundo era la clase obrera, porque se le había escapado a la Iglesia. Después de veinticinco años han reconocido que la clase más necesitada es la juventud —que como se os ha dicho en un foro, en estos días ha llegado a un nivel tercermundista en

aspectos culturales, humanos, morales—. Esa juventud del sexo, de la droga y del rock que cada vez que se expande en mayor número, en una explosión demográfica verdaderamente imparable. Trabajo entre jóvenes, y entendí desde el primer momento que para llegar a esa juventud tenía que ser santo. Durante años he ido aspirando a la santidad, pero a medida que han ido pasando, me sentía como más lejos de aquella santidad proyectada y deseada en mí inicialmente. En la medida que yo me iba acercando a Dios y El acercándose a mí con mucha más fuerza y vigor que yo a El, iba ocurriendo como cuando una luz se va acercando a ti: ves más manchas en el traje. Cuanto más tiempo ha pasado, más indeseable me he sentido, más incapaz, más pobre y entonces cundía en mí el desaliento. Yo seguía aspirando a la santidad, pero lo que no aceptaba era la humillación de verme cada vez más limitado. Salfa de mí un lamento a lo San Pablo, contra el «aguijón de la carne. Me he quejado, y por tres veces se me ha dicho. Mi gracia te basta». Pero yo no quería admitir que la santidad es un camino de imitación de Cristo desnudo, que me exigía quedarme estrictamente crucificado, sin nada. Quería tener algo en las manos, quería trabajar por Cristo, quería ver los triunfos apostólicos, quería ver mis propios éxitos, mis propias virtudes, mi superación cada día, y cada día masticaba mi tragedia. Un día comprendí que cuando la voluntad de Dios viene de lo alto y tú opones tu voluntad frente a la de Dios, te fabricas una cruz de contradicción, pero que cuando pones los brazos extendidos y a esa voluntad vertical extiendes tu voluntad horizontal y dices «hágase» como la Santísima Virgen, entonces esa unión de voluntades da paz al alma y ya no eres tú quien actúa. Es a El a quien obedeces, a quien te entregas.

Tardé en comprenderlo.

Lo entendí al calor de la oración, en un convento de Carmelitas Descalzas: Había acudido allí en una mañana frigidísima del mes de febrero, el día de mi cumpleaños, y mientras aquellas mujeres, en Duruelo (aquel rincón apartado que vio la Reforma Carmelitana masculina, de manos de Santa Teresa y

San Juan de la Cruz), en medio de un frío inmenso me dedicaban una canción (porque sabían que era mi aniversario) en la acción de gracias de la Misa, comencé a pensar: «Hoy hace tantos años que nací. ¿Por qué nací yo? ¿Qué mérito tuve para existir? El me amó primero. Me amó cuando yo no existía. Me sacó de la nada en un acto gratuito. Enseguida de nacer tuve una madre que me acunó a su pecho, que me amamantó, que me dio todo lo que necesitaba para vivir. ¿Quién había creado a esa madre? ¡Dios que me amaba! Y luego me dio enseguida el bautismo, y El (el que me eligió) ha ido siempre por delante sin ningún mérito mío, sin nada en mis manos porque yo no existía, no tenía nada porque acababa de nacer, no tenía ni uso de razón para recibir el bautismo. ¿Qué tenía yo en mis manos más que pecado y maldad, cuando me convirtió el Señor? «Entonces pedí: «¡Oh Señor!, cuando se efectúe mi segundo nacimiento, cuando llegue el momento de entrar en la eternidad quiero entrar también con las manos vacías. Quiero ser una pura alabanza de tu gloria, quiero no quitarte nada de ella, quiero cambiar mi concepto de santidad. Yo quería presentarte mis manos llenas de almas, cosas, trabajos por Ti. Quiero reducirme a la nada».

¡No sabía lo que pedía!

Yo tenía una enfermedad: artrosis degenerativa progresiva. Al poco tiempo empezó aquella artrosis a manifestarse con más fuerza hasta que un día me encontré con que yo (que pensaba que para exigir a los jóvenes tenía que ir por delante de ellos en el área fundamental que utilizo: las marchas y los campamentos en verano, llevando a los chicos a la sierra, subiéndoles a las cumbres, hablándoles allí de horizontes grandes) con un gran esfuerzo fui con ellos a la montaña, pero ellos subieron a las cumbres, y yo tuve que quedarme abajo en el valle. Solo, en silencio, me sublevaba ante aquello. ¡Dios había aceptado mi ofrecimiento! Mis manos estaban vacías, pero miraba las aguas y veía que por delante de mí bajaban cantando. Pensé: «estas aguas no suben, bajan y van a vivificar el valle. Ahora son cantarinas, cristalinas, puras, transparentes. Cuando lleguen al valle

se mancharán con la suciedad, perderán su belleza, pero seguirán siendo vivificantes». Al mismo tiempo veía a los pájaros y sentía las voces de mis muchachos desde las cumbres, cantando himnos que llegaban a mí. Veía las nubes y el cielo y yo quería otra vez aspirar a subir, ¡subir siempre más alto! Miraba la hierba, y, como San Francisco de Asís, la veía casta y humilde, se dejaba pisar y alfombraba mis pies. Y miraba las flores y las veía doblegar sus corolas, sus pétalos, sus cálices, al impulso del huracán y ponerse pegadas a la tierra, y cuando iba cesando el viento volvían a erguirse y me daba cuenta que eran más fuertes las flores en su ternura que el huracán, y veía que precisamente en aquel huracán las flores habían extendido su polen muy lejos y que un día, cuando viniese el invierno y cayesen las hojas, cuando muriesen aquellas flores, las sucederían otras a millares, multiplicadas por millones. Entendí que «sí el grano de trigo no se pudre y muere, no da fruto» y que el único cambio necesario en nuestro corazón es abrazarse a Cristo desnudo, a Cristo crucificado y dejarle hacer en nosotros de nuevo la redención. Todo estaba hecho ya en el mundo a partir de la Encarnación. Mi única misión sería la de dejarme poseer totalmente por El, dejarle hacer en mi vida. Aspirar a la santidad, aceptando.

Fui a un campamento en Gredos. Hice un esfuerzo grandísimo para llegar hasta el Circo de Gredos, a dos mil metros de altura. Quise subir, como había ido otras veces, cargado con un macuto con toda la dotación, con la comida para varios días. Quise coger leña en el camino... Me quitaron todo. Me dejaron sin carga porque si no no hubiera podido llegar hasta allí. Iba pensando por el camino: «Señor, me estás concediendo lo que te pedí: voy a llegar a la Laguna Grande con tu fuerza, pero llego con las manos vacías, llego sin macuto, sin carga, sin nada». Ellos llegan a costa de un gran esfuerzo, con una gran carga, pero gracias a esa carga que llevan pueden subsistir. Yo, sin embargo, subsistiría por el esfuerzo de ellos, que llevaban las tiendas de campaña, la alimentación, todo. Yo estaba en el último lugar, pero me sentía más cercano a Jesús.

Al día siguiente se iniciaron las marchas que durarían tres o cuatro días. Uno de aquellos amaneció el Circo de Gredos con unas nieblas inmensas que, retrasaron la salida. Por fin fueron levantando un poco las nubes y los chicos se fueron a las cumbres. Yo me quedé en el sitio del campamento, y en uno de los momentos en que miré a las cumbres vi un grupo de mis muchachos que iban por unas peñas camino de un abismo. Ellos, desde arriba, no se daban cuenta: por encima de las crestas tenían las nieblas y hacia arriba no veían. Iban buscando un camino para descender a la Laguna, por unos precipicios. Entonces con toda la fuerza de mis pulmones, empecé a gritarles hasta que ellos se dieron cuenta. Al escucharme creyeron que bromeaba hasta que les grité: «¡Subid un poquito! ¡No bajéis! ¡Os despeñáis!». Subieron un poco más a la derecha, luego descendieron. Entonces me di cuenta de que un alma, haciéndose pequeña, bajando, puede subir y hacer subir a otros.

Hay aquí en el auditorio un buen número de muchachos a los cuales les repito esta espiritualidad de subir bajando, que hemos plasmado en una de nuestras canciones de montaña:

«Montañero, montañero que vienes a Gredos buscando las cumbres de un gran ideal.

Mira al cielo y en la noche cuajada de estrellas las luces de ellas de Dios te hablarán.

No te canses, no te canses de ver en la altura modelo y figura, tu meta alcanzar.

Pero piensa que bajando se suben las cumbres más altas que existen, que son de humildad».

Esto es lo que nos cuesta, entrar por caminos de humildad. Pero la única manera que tiene Dios de hacer un cambio en la sociedad es encontrar almas que se empequeñezcan.

Las dos fiestas más grandes, a mi juicio, de la Virgen y de Jesús son la Asunción de María al Cielo y la Ascensión del Señor. Cristo muere y resucita, es ascendido al Cielo y colocado a la derecha del Padre, presentando sus cicatrices gloriosas, porque «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente ser igual a Dios... se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta

la muerte y muerte de Cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le dio un nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla, en los cielos, en la tierra, y en los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre» y a María, porque se hizo pequeña —«me llamarán Bienaventurada todas las generaciones. Porque el Señor ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava»— fue también asunta al Cielo: ¡Subir bajando! Y nosotros nos detenemos en el camino de la santidad porque cuando nos lanzamos hacia ella (y a todos los que estamos aquí, Dios nos quiere santos) nos encontramos con la humillación, y, sin embargo no hay otro camino para llegar a la cruz. «La cruz tres brazos tiene (dice San Juan de Avila): desprecios, tormentos y humillación, los tres amables y deseables, pero muchos no los quieren todos, otros sólo alguno, pero el que ama verdaderamente, por juntarse con el amado, todos los tres brazos quiere: los desprecios, los tormentos y la humillación». Si nosotros realmente queremos esos desprecios para seguir a Cristo despreciado, esos tormentos para seguir a Cristo atormentado y esa humillación para seguir a Cristo humillado, entonces tenemos que aceptar todo cuando nos ocurra, y esta cruz nos vendrá a nosotros con mucha más fuerza, e intensidad que a las personas que nos rodean, y para nosotros la mayor cruz de nuestra vida ha de ser que siendo Dios tan poco amado, no sintamos que el Amor no es amado porque influidos por esta sociedad secularizada, hemos dejado de hacer oración, no nos ponemos ante el Sagrario.

Mis queridos amigos. En esta casa donde hemos realizado el encuentro hay tres Sagrarios, y esos tres Sagrarios han estado abandonados la mayor parte del tiempo que hemos estado aquí. Por supuesto que hemos estado participando en discusiones importantísimas, pero es que lo fundamental que tenemos que meternos en el alma, como Francisco de Asís, es que el Amor no es amado: Después de todo un día de oración, en un viernes, Francisco de Asís, a las tres de la tarde sale por las campiñas italianas gritando: «¡el Amor no es amado!». Un campesino

que se lo encontró le dijo: «Pero, ¿adónde vas Francisco?, ¿qué voces son esas?, ¿qué pasa? Francisco respondió: Mi Señor está clavado en la cruz, ¿y quiere que no grite? Mi Señor está clavado en la cruz. Yo quisiera tener todos los océanos del mundo en mi corazón para transformarlos, gota a gota, en lágrimas y llorar. Quisiera, como un águila, remontarme por encima de todas las cordilleras y pasar a todos los continentes y gritar a los hombres ¡el Amor no es amado!, ¡el Amor no es amado!».

¿Cómo van a amarse los hombres entre sí si no aman al Amor? ¿No nos duele a nosotros constatar que cuando el hombre no ama al Amor, la gran tragedia que tiene es que no percibe el Amor que Dios le tiene? Los hombres, hoy, podemos fabricarnos un mundo sin Dios, pero cuando el hombre crea estructuras sin Dios, esas estructuras se volverán contra el hombre mismo. Y hoy hay una tragedia a nuestro alrededor, porque el hombre y el mundo están alejados de El, fuera de Cristo. ¿Cómo no nos damos cuenta de lo que se sufre hoy a nuestro alrededor? Cuando no amamos, hemos perdido lo fundamental: ¡Dios me ama, me quiere a mí, inmensamente! ¿Cómo no sentimos esta tragedia de que el Amor no es amado? ¡Esta es la gran represión que padece el mundo de hoy! No la sexual, ni la estructural, ni la generacional, ni la económica del pobre por el rico. La gran represión es la represión de lo divino: que el corazón del hombre está creado según San Agustín para Dios y no descansará hasta llenarse de El, y, sin embargo, hemos arrancado a Dios de nosotros. No nos extrañe que se llenen las clínicas psiquiátricas al abandonar los confesionarios ¿Dónde puede ir una ciudad sin Dios, si no es al siquiátra o al manicomio? ¿No han aumentado las depresiones? ¿No están aumentando las enfermedades psíquicas, las ideas fijas, las noches sin dormir, los terrores nocturnos? Los medicamentos que más se venden ¿No son los fármacos, antidepresivos y estimulantes?

Es este mundo que está a nuestro alrededor (un «tercer mundo» espiritual) el que hay que salvar. Lo que ocurre es que nos cuesta mucho trabajo ir a él porque si hiciéramos obras de misericordia materiales a los necesitados (por ejemplo, saciar

su hambre), es muy posible admitan y te agradezcan lo que hacemos, pero cuando vamos a un autosuficiente, a uno de esos que creen que lo tienen todo (lo tienen todo menos a Dios, que es lo único que importa tener) y nos recibe escéptico, con una sonrisa burlona y satisfecha de sí, e incluso nos insultan, entonces, como cae sobre nosotros el tormento, el desprecio y la humillación, abandonamos la empresa de dar la cara por Jesucristo. Sin embargo, si siguiéramos insistiendo audazmente, con cariño, con constancia, sin mirar que se ríen de nosotros, haría Dios para nosotros la Redención, porque «Jesucristo (dice San Agustín) no miraba que moría a manos de sus enemigos, sino que El moría por los que le mataban». Mirando nada más a transformar los enemigos en amigos.

¡Qué importante es esto, mis queridos amigos! Nos hemos detenido en nuestro avance hacia la santidad porque creo que hemos invertido nuestro concepto de la santidad complicándolo acaso. A mí se me había presentado la santidad en la estructura del mundo como una pirámide. En la base estarían todos los hombres, los pueblos, las culturas. Según vamos acercándonos hacia la cúspide, aparecerían las almas que se van remontando hacia Dios, la columna vertebral de estas almas sería la Jerarquía: el Papa, los Obispos, entroncados con el Papa, unidos en el Magisterio Pontificio, los sacerdotes. La cima de esa cúspide sería la vida consagrada, la vida de perfección evangélica. Yo, como veía siempre a los santos tan altos, quería ser como ellos, llegar a la cúspide. Pero un día pensé: ¿No ocurrirá con la perfección como ocurre en geografía? ¿Quiénes están con la cabeza erguida, nosotros o nuestros antípodas? Porque nosotros nos sentimos en verticalidad, pero nuestros antípodas también. ¿No será que en el mundo de Dios hay como una cuarta dimensión que hay que descubrir? Y es que para llegar a esa cima, Dios, que es el único que puede hacer de lo imposible lo posible, ha invertido la pirámide, y porque quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, las almas más perfectas son las que están más abajo: la cúspide está siendo el sostén de todo. Sólo Dios puede sujetar una pirámide invertida, y

las almas consagradas, las almas más perfectas resultan que han ido al punto más bajo y las almas más separadas de El, ese mundo incrédulo, está ahí arriba. Si nosotros queremos realmente salvar al mundo debemos permitir que Jesús siga manteniendo esta paradoja, sin querer cambiar de lugar cuando nos veamos abajo del todo, aplastados por el peso de la pirámide. Todos los santos han sido humillados por Dios humillado, porque no se puede ser santo sin la humillación en la identificación con Cristo. Lo que sucede es que nosotros, que nos admiramos cuando contemplamos a los santos, no nos damos cuenta hasta dónde los ha descendido Dios. Vuelve a aparecer la paradoja: ¡Subir bajando! También sobre este tema hice una canción que me gusta cantar en la montaña. Esta es su letra.

«La cumbre de la humildad, es vivir en confianza:
creer que la nada alza;
bajar por esta escalera peldaños de confianza,
tanto cuanto espera alcanza.
Subir bajando no es sueño, ni loca imaginación;
es gloria de lo pequeño,
que encuentra en la humillación, la grandeza de aquel
[Dueño,
que en la pobreza de un leño, de todos se hizo Señor.
Alma que buscas la altura para alcanzar a tu Todo,
desciende hasta tu bajeza,
mira que el Dios de la Gloria, por pura misericordia,
de tu nada hace grandeza.
El creador de los cielos, ha bajado a nuestro suelo,
¡síguele, que ese es tu vuelo!
y abrazándote al desprecio, la humillación y el dolor
alcanza a tu Salvador,
quien por tu amor se hizo siervo».

Pero, ¡qué trabajo nos cuesta aprender este único camino de la santidad! Si queremos colaborar con Cristo en la salvación de este mundo, tenemos que dejarnos humillar. Mirad, Dios

está humillando hoy al propio mundo. La sociedad de hoy vive humillada. El mundo de la técnica, de la electrónica, de los medios de comunicación social a escala universal, vive humillado. El hombre hoy vive humillado ¿Por qué nosotros, que queremos ser de los amigos íntimos de Jesucristo no vamos a aceptar la humillación? Nosotros tenemos la obligación de seguir en la Iglesia el camino más estrecho de la salvación. El Evangelio lo afirma: «ancha es la senda que conduce a la perdición y estrecho el camino que conduce a la vida».

Hoy, porque el número de hombres es mayor, porque las necesidades son gigantescas, Dios nos quiere impulsar a las almas elegidas por ese camino más estrecho: por el ojo de la aguja. Cuando Jesucristo, entristecido ante la negativa a seguirle del joven rico, se volvió hacia los apóstoles y les dijo: «Qué difícil es que los que tiene riquezas entren en el Reino de los cielos... Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el Reino de los Cielos». Los apóstoles entonces no dijeron: «Señor, que ningún rico se salve», anticipándose a la teología de la liberación, sino que dijeron: «Entonces ¿Quién se salvará, Señor? Entendieron bien que ellos, que eran pobres en lo material y lo habían dejado todo, tampoco se salvarían porque eran ricos en el fondo de su alma.

Nosotros también estamos enriquecidos, porque El, que era rico, se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza, dice San Pablo, ¿habrá habido una criatura más enriquecida que la Santísima Virgen? La Virgen, a pesar de estar enriquecida con gracias tan inmensas, se hizo tan pequeña que para ella fue posible lo que para los hombres es imposible: pasar por el ojo de la aguja. Y los que estamos aquí, personas de la cultura, intelectuales, tenemos que pasar por el ojo de la aguja. ¡Haceos pequeños! Porque Dios, para las empresas más grandes, elige lo pequeño y hará grandes cosas con este mundo de hoy en la medida de nuestra pequeñez. Nuestros criterios siempre son distintos que los de Dios. Cuando Samuel va buscando para ungir al que va a ser Rey del pueblo de Israel, Jesé le presenta a todos sus hijos menos a David porque era el más pequeño.

Rechazó el profeta a todos y exigió la presencia del último. A ese le ungirá Rey de Israel, porque Dios no mira la apariencia, sino el corazón. Y cuando David contempla el desafío de Goliat y a todos los israelitas avergonzados y temerosos, les dirá. «¿pero es que no hay ningún hijo de Israel que sea capaz de enfrentarse con éste? Yo iré a él». Inmediatamente, el Rey Saúl se quitará la armadura, le dará la espada, le revestirá de toda su indumentaria, y el pobre David, adolescente casi, ¡No podrá moverse con toda esa carga! Nueva lección para nosotros que amenazados por el coloso marxista o capitalista querríamos luchar con sus mismas armas. (Y conste que no voy a criticar ni al progreso ni al Papa como algún medio de comunicación ha hecho porque ha ido en avión a sus viajes, por los gastos que traen consigo —a cada español le costó ¡2,50 pts! el viaje del Papa—, mientras callan que en Madrid gastan seiscientos setenta y dos millones a la semana en droga o alcohol y tabaco, los quinientos mil jóvenes que hay de catorce a veinticuatro años, según estadísticas del Ayuntamiento), deseando hacer de la Iglesia una gran empresa humana, una estructura filantrópica, una Cáritas internacional. Eso no puede llevar la vida divina a las almas. Eso es un confusionismo. ¿Cómo ir? Como David. Goliat se ríe de él. Pero David le dirá: «Tú vienes hacia mí con yelmo y escudo. Yó voy a ti en el nombre del Señor.

¡Sólo en el nombre del Señor! Así tenemos que ir a la conquista, a la catequesis, al apostolado, a la oración. «Desnudo, Señor, porque no tengo derecho a nada, porque soy miseria y pecado redimido por Ti, Señor. No te avergonzastes de mí y te abajaste del cielo a la tierra. Lo dejaste todo para condescender con el nombre. Descendiste para levantarnos hacia Ti».

En un villancico canta San Juan de la Cruz:

«La Virgen estaba en pasmo
ante el trueque que veía.
El llanto del hombre en Dios,
y en el hombre la alegría,

lo cual, del uno y el otro,
tan ajeno ser solía».

Efectivamente: bajó Dios del cielo a la tierra y llora en el momento de nacer, y el hombre se alegra. Los ángeles dicen (¡gozaos! ¡Alegraos en este día porque os ha nacido el Redentor del mundo, el Salvador, el Mesías!). Y El, envuelto en pañales y recostado en un pesebre, en suma pobreza, porque Cristo antes de predicar las Bienaventuranzas, las vivió. Ese niño recién nacido que llora, es la misericordia encarnada, es la paz, es la limpieza de corazón, es manso, es humilde, trabaja por la justicia, será perseguido por causa de ella. Y El llora, y el hombre ríe y se alegra, lo cual, del uno y del otro, tan ajeno suele ser. Porque el hombre no podía tener alegría sin Dios. Esta es nuestra única oferta de verdadero cambio. No nos echemos para atrás. No nos acobardemos cuando en nuestro caminar hacia la santidad parezca que Jesús nos deja, que nos sentimos solos. ¡No os dejéis impresionar por las apariencias! Al mundo hay que salvarlo en la fe, porque por fe entró el pecado original en el mundo: Adán y Eva creyeron a la palabra de Satanás. Creyeron que comiendo del árbol de la ciencia del Bien y del Mal, serían como dioses y prestaron acto de fe a lo que veían y no era más que una fruta.

Cristo ha querido hablarnos con palabras que son espíritu y vida, no materia. Y también le dejaron solo por hablar así. Nos exige la fe: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día». Tenemos que prestar la fe en que en Cristo está el fruto que nos da la vida. ¡Ahí sí que somos dioses! Ese Cristo lo tenemos en los Sagrarios y, ¡qué pena que estando en los Sagrarios, le dejemos solo gastando tantas horas ante la televisión con la cual nos envenenamos insensiblemente! Criticamos mucho a la televisión, pero no hacemos la mejor crítica que es no verla, porque en el subconsciente nos deja la sensación de que el mundo está totalmente secularizado, que no podemos hablar de Dios porque ni en televisión, ni en el cine aparece Dios por ninguna parte y así, cuando tú vas

en el autobús, en el tren, estás al lado de una persona, etc., todo el mundo se comporta como si no le importase lo sobrenatural, siendo así que la gente tiene una sed inmensa de lo trascendental. Habla con la gente de Dios aunque se rían en principio de ti, sobre todo de alma a alma, uno a uno. Verás maravillas. Te llenarás de celo misionero.

Esta es la consigna que Juan Pablo II ha venido a urgir a los españoles: El espíritu misionero «que os lo he predicado (ha dicho) con nueva intensidad como hace dos años». Porque «cuando un católico tiene conciencia de su fe, se hace misionero». Los que estamos aquí, tenemos que hacer misión, pero entendiendo la misión como cruz, sufrimiento, y gozándonos en él. Por eso Juan Pablo II es tan positivo cuando nos ha dicho esto: «Sed firmes en la fe como este Pilar de Zaragoza. Sed coherentes en vuestro comportamiento personal, familiar y público, con las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo. Dad testimonio práctico de la grandeza y bondad de Dios ante aquellos que no le conocen, o, conociéndole, parecen avergonzarse de El en público o en privado». Un testimonio gozoso de la grandeza y de la bondad de Dios porque Dios la tiene contigo cada día. Pero tú, solamente caerás en la cuenta de esa bondad y grandeza cuando cada día sientas tus miserias, que son los ventanales inmensos por donde entra la luz luminosa de gracia para nuestra alma. Dios tapa con tapones de humildad los agujeros que nuestra falta de generosidad y de fe abren cada día.

Uno de estos muchachos que está aquí, me escribía este verano después de haber sentido un llamamiento a la santidad, a una entrega generosa (que yo nunca llamo entregas totales, sino devoluciones completas porque la vida es toda un don de Dios, y hay que devolverle todo) y me decía: «yo puedo darle todo a Jesús, puedo ponerlo todo en tus manos, Abelardo, y dártelo todo. Solamente hay una cosa que no puedo dar: mis miserias, porque constituyen parte esencial de mi ser. Yo te puedo dar mi carrera y entonces sería yo sin mi carrera. Si tengo una biblioteca, puedo darte una biblioteca, y seré yo sin biblioteca. Pero si te doy mis miserias te doy algo que es esencial a mi ser. Son

como las huellas digitales del alma, algo por lo que Dios nos identifica a cada uno de nosotros. No te puedo dar esto, porque yo, siguiéndote a ti en lo que nos estás enseñando, pienso que hoy, más que reparadores en un mundo que ofende a Dios, somos focos receptivos por las calles, en nuestros ambientes, de la misericordia divina ante un mundo que se desalienta en la miseria». Nosotros no podemos desalentarnos en la miseria. Demos gracias a Dios, por las miserias porque son lo único nuestro, con lo que nos hacemos humildes y por lo que El nos puede remontar hacia Sí. Y no tengáis miedo. Creed que os ama. Sabed que os acepta así tal como sois. No os lo digo con palabras de justicia, porque justicia sería jornal que se da a jornaleros pero gracia es herencia que se da a los hijos obedientes.

Dios perdona. Por mucha que se nuestra maldad, tenemos los sacramentos. Lo dijo Juan Pablo II en el Bernabéu a la juventud: «queridos jóvenes, el mal es una triste realidad. Vencerle con el bien es una gran empresa. Brotará de nuevo el mal cada día con la debilidad pero no temáis, Cristo amigo y sus Sacramentos están ahí ¡Vuelve a Cristo, a sus Sacramentos! ¡Vuelve a empezar, porque El no desecha tus miserias, porque El te ama, no sólo por ti mismo, sino sobre todo porque te ve a través de las llagas de Jesucristo, nos ve injertados en Cristo, nuestra cabeza, y el mayor amor vence al mayor pecado.

«Más ama Dios al hijo que aborrece al pecado». Que el pecado, nunca nos detenga, y mucho menos las miserias de cada día que aunque en nosotros son más dolorosas para Dios que los pecados mortales que en tiempos cometimos, con todo, no nos quita su gracia. El está en mí, vive en mí. Ese es mi gozo y mi alegría. Es mi tesoro. Por El tengo que escuchar cada día: «¡Ve, vende lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el Cielo; luego, ven y sígueme», con lo cual me doy cuenta que el seguimiento de Jesucristo es la mayor riqueza porque si El dice «ve, vende, dalo a los pobres y ven sígueme!», es que al lado de Jesús no hay pobres, —los pobres están en otro sitio—. Yendo con Jesús, te enriqueces. Has vendido todas las cosas porque has encontrado un tesoro en un campo y estás

contento porque teniendo ese tesoro, lo tienes todo. «Tanto me amaste, que me buscaste como si te fuere la vida en hallarme y yo te huía como si me fuese la muerte en encontrarte, siendo así que tú por encontrarme hallaste la muerte, y yo, en hallándome tú, encontré la vida» (San Juan de Avila).

Esto que tendría que ablandar nuestros corazones y hacer que nos saltasen lágrimas: que Dios me busca a mí como si le fuera la vida en hallarme, siendo así que por encontrarme lo que encontró no fue la vida, sino la muerte.

¡Buscad a Dios! mis queridos amigos de la Ciudad Católica y no os busquéis a vosotros mismos, porque si te buscas a ti mismo, no solamente no encontrarás a Dios sino que te perderás por aquello de que «el que quiera ganar su vida, la perderá». Busca a Dios y lo hallarás, porque enseguida se hace el contradizo. Y, al tiempo, te encontrarás a ti mismo, cosa que no buscabas.

¡Qué maravilloso es el amor que Dios nos tiene! ¡Cuánto gozo tenemos que experimentar! ¡Fuera desalientos! ¡Me quiere! ¡Dios ha muerto en la cruz por mí! ¡Muere cada día por mí ofreciéndose en el Sacrificio de la Misa! ¡Está en el Sagrario por mí! ¡Está en mi propio corazón por mí! ¡Está en el prójimo por mí!

Salgamos al mundo a evangelizar, sintiéndonos apóstoles, porque lo somos, porque no podemos dejar el peso de la Iglesia a dos millones de almas: un millón de religiosas, cuatrocientas cincuenta y cinco mil almas consagradas (religiosos de distintas órdenes) y, mientras, setecientos noventa y ocho millones de bautizados (casi la mayoría de brazos cruzados) están metidos en una barca donde tendríamos que remar los ochocientos millones de hombres.

El laico tiene hoy algo que decir en la Iglesia. Y tenemos un quehacer y no podemos justificarnos con que la Jerarquía es una traba: Podemos hacer sin trabas de ninguna clase. Contamos con la gracia de Dios para actuar. Lo que pasa que el miedo nos paraliza: miedo a sufrir, a dar la cara por Cristo a

perder mi imagen a que me tachen de lo que me tenía que llenar de orgullo: ser de Cristo.

Mis queridos amigos: perdonadme la dureza de mis palabras pero pongo todo mi corazón en ellas. Lo que os digo nace de mi cariño: si no, no hablaría así. Pero, precisamente porque somos amigos de la Ciudad Católica, es decir, porque somos amigos de Cristo (y he comenzado a hablar aquí prestándole mis labios a El y mi corazón a la Santísima Virgen), creo que este podría ser el lamento de Ella. Esta es la petición de la Virgen en Fátima que se ha puesto de rodillas literalmente para pedirnos que evitemos la terrible hecatombe que nos amenaza, hecatombe que no hace falta sea apocalíptica. Es que ya está a nuestro alrededor: en las personas que nos rodean y que sufren increíblemente.

¡Hagamos oración! ¡Oración insistente! ¡Busquemos ratos de oración! No son tiempo perdido. Son los tiempos más fecundos que podemos darle a nuestro corazón, a la Iglesia y a la sociedad en general. Tenemos tiempo para todo, tengamos también para estar ante el Sagrario.

¡Hagamos penitencia! El 28 de febrero de 1948, Lucía de Fátima, en una carta a don Antonio García, Arzobispo entonces de Valladolid le decía: «Esta es la penitencia que el buen Dios quiere ahora que muchas almas se han desalentado ante el mensaje de penitencia, sintiéndose incapaces. La penitencia que el buen Dios ahora quiere es la del cumplimiento de los deberes según el estado de cada uno». Todos cuantos estamos aquí hagamos esta penitencia, y otra (quizás la mayor, porque es donde más sufrimos, donde queda crucificado nuestro amor propio al ser desechados, al ver nuestro poco fruto), la acción misionera: Hacer apostolado. Nosotros no buscamos éxitos y el fruto lo dejamos para la eternidad. Lo que sí sabemos es que allí donde hay un grano de trigo que se pudre y muere, hay fruto. Que ahora nos corresponde vivir aquí acompañando a Jesús en su pasión y en su muerte y que ya resucitamos en nuestra propia vida al Cristo que llevamos dentro y que nos da el gozo y la

fortaleza para actuar, pero esperamos con seguridad el triunfo escatológico después de la muerte.

La oración que hacíamos el día del Pilar era precisamente esa: «Concédenos, como ese Pilar, firmeza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor. Estamos aquí ante una imagencita de la Virgen del Pilar, ¡pidámosle a Ella! Y, ahora, cuando vayamos ante el Santísimo a despedirnos de este encuentro y recibamos la bendición de Dios, pensemos que lo más grande que hay aquí y que ante nuestros ojos se muestra como lo más pequeño de esta casa, una hostia insignificante. El no ha dudado nunca en hacerse pequeño. Nosotros, mirándole a El sintamos esto para decirle: «Señor, ¡haznos firmes en la fe!, ¡danos seguridad en la esperanza! porque esperamos y no podemos dudar de Ti.

Con esta firmeza en la fe, y con esa seguridad en la esperanza, haznos constantes en el amor, y perseverantes en la paciencia hasta el fin.